

RACONTOS

Había ido con mi esposa a ver una película antigua de David Cronenberg llamada en español "Festín desnudo" que, en la época de su estreno había sido considerada como de vanguardia. El mismo cine anunciaba otra película para la función de traspasnoche. Pedí dos entradas y el boleterero me miró extrañado y me preguntó: "¿Qué película viene a ver?". "Festín desnudo", le dije. "¿Está seguro?", insistió el boleterero. "Sí, estoy seguro". "¿Usted vio 'La mosca'?", insistió él. "Sí, la vi". "¿Y le gustó?". Ante este interrogatorio, decidí no comprometer mi juicio crítico. "Me pareció interesante", dije vagamente. Entonces, después de haber aprobado el examen, el boleterero me extendió los boletos y pude entrar al cine.

Cuando salí de la función, comprendí la buena intención del hombre. En verdad, "Festín desnudo" no era una película para ser vista por un caballero y una dama de aspecto respetable, que peinaban canas.

He recordado esta anécdota al leer la lista de las películas más taquilleras del año 1996. La encabeza "El día de la independencia", con 727 millones y medio de dólares, y la siguen "Twister", "Misión Imposible" y "La roca". ¿Qué tienen en

común estas cuatro películas? Los sofisticados efectos especiales producidos mediante computadores.

En "El día de la independencia" hay 360 de estas tomas de efectos especiales y cada una de ellas tiene un costo promedio de US\$ 150 mil. Allí radica el éxito de estos filmes que nos permiten ver edificios que explotan, vehículos volando por los aires, extraterrestres que invaden nuestro planeta con armas desconocidas, bombas de gran poder destructor, incendios devastadores, todo ello unido a una banda sonora incesantemente estrepitosa. A todo esto, los productores de cine lo llaman "acción", y el ritmo de estas películas con millonarias ganancias suele ser de diez minutos de "acción" seguidos de dos minutos de diálogo.

En forma progresiva las películas de éxito se han convertido en una versión cinematográfica de los

No apta para la tercera edad



"comics", material de lectura de varias generaciones. Y no es de extrañar que sea así, puesto que las encuestas han revelado que el público que acude al cine está compuesto mayoritariamente por jóvenes que buscan renovar y expandir la emoción que les producían sus historietas favoritas.

Lo mismo sucede con otro

tipo de películas igualmente exitosas en las que se han especializado los estudios Disney. Los cuentos infantiles que encantaron nuestra infancia, llevados al cine en glorioso technicolor, han dado pingües ganancias a sus productores: "Blancanieves y los siete enanitos", "Fantasía" y últimamente "El jorobado de Notre Dame" son ejemplos de cómo el infantilismo o la nostalgia de la infancia se enseorea en las pantallas del mundo entero.

Hubo un tiempo en que los productores cinematográficos creyeron que el sexo era un elemento de atracción para el público juvenil. La liberalización de las costumbres, la revolución sexual de los años 60, hicieron que el interés por el sexo en el cine decayera, pues la experiencia real era más atractiva que la de las imágenes. Sin embargo, ha surgido una nueva combinación taquillera, que

es la de sexo y violencia.

El mes pasado vi en Buenos Aires la última película de Cronenberg llamada "Crash", precedida de grandes elogios y premios de la crítica. Allí los espectaculares choques automovilísticos son una forma de orgasmo, las horribles mutilaciones que sufren los accidentados son motivos de atracción sexual. Los apareamientos se producen entre los autos, las víctimas de los accidentes realizan todas las combinaciones posibles, y todo esto envuelto en una cinematografía excepcional.

Está bien. Si la juventud quiere divertirse con estas películas, si lo que le atrae es la violencia, los sorprendentes e increíbles efectos especiales, la conjunción de máquinas con seres humanos, que lo haga, pero queda en pie la pregunta, ¿qué hacemos los aficionados al cine, los que gozábamos con cintas de diálogos agudos, de personajes de complejidad psicológica, de temas que incitaban a pensar?

Por de pronto, me permito una sugerencia. ¿Por qué no establecer una nueva categoría de calificación, que simplemente diga: "Película no apta para la tercera edad"?

SERGIO V...

29-1-97